

# Universo Conurbano. Mirar la televisión como un palimpsesto



Guillermo Galeano y Diego Flores\*

El conurbano –este universo inasible– está en la pantalla de Canal Encuentro. Llegó desde una cuenta de Instagram: The Walking Conurban, ese proyecto que empezó con algunas fotos que subía un grupo de amigos y en unos años se transformó en una usina no solo de imágenes para proponer representaciones alternativas a las hegemónicas, sino también de reflexiones con una pata en lecturas académicas y populares y las dos en las calles (de tierra, de barro, de asfalto y baches).

De esa experiencia y esas reflexiones surge este artículo, publicado en el libro *El aula más grande. La televisión pública educativa en Argentina en las experiencias de Encuentro, Pakapaka y Deportv*, recientemente editado por la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y Contenidos Públicos Sociedad del Estado.

\*\*\*\*\*

\* Creadores y administradores de la cuenta de redes sociales *The Walking Conurban*. Junto a Pedro Saborido, hacen Universo Conurbano, realizado por Agencia Monteagudo para Canal Encuentro.



Gentileza The Walking Conurban.

## Check in

Como en cualquier viaje, y el que haremos por el *Universo Conurbano* no escapa a esa lógica, hay una instancia preparativa en la que se nos hacen indicaciones de itinerario y medidas de seguridad. No estamos hablando de instrucciones para leer el siguiente texto, sino para iniciar con una breve descripción de las instancias que hicieron y hacen posible que escribamos estas líneas.

El tiempo que nos toca vivir condiciona incluso al cristal con el que miramos las cosas. Como espectadores-expectorados a una época en la que, además de disputas y transformaciones en la sociedad argentina, había resultados positivos concretos, tenemos la tendencia a naturalizar la aparición de espacios disruptivos antes de asignarles correctamente el significado que tiene la disputa política y cultural que los sustentan, para luego cubrirlos de un manto de nostalgia. Quizá el mayor hito de nuestra cohorte generacional sea el de haber monetizado la nostalgia a niveles que harían sonrojar a la vieja guardia del tango.

Lo cierto es que sin la experiencia que inició Canal Encuentro, no solo en términos de contenido sino de jerarquización de los mismos desde un medio público, ese viaje por el conurbano no hubiera excedido una recorrida payasesca por los estereotipos y lugares comunes de la trama suburbana. La posibilidad de juntar la triada medios, educación y conurbano en el mismo producto responde tanto a una decisión política como a la existencia de unas condiciones materiales para lograrlo. Ni la una ni las otras son producto de la casualidad.

## 1) Génesis

Como buenos hijos de la década de 1990, criados a sus calores, fríos y urgencias, no podemos pensar nada de lo que hacemos en la actualidad sin recurrir a reminiscencias del pasado. Y cuando decimos nada, es nada. El desayuno de esta mañana fue preparado con alguna relación al desayuno de hace 30 años. “¿Qué tendrán que ver una mañana de 1993 con la televisión educativa de hoy en día?”, se estarán preguntando, y con razón. Pues bastante.

Por aquella época, quienes hoy en día hacemos *The Walking Conurban* orillábamos los ocho años.

Muy jóvenes para comprender cabalmente lo que sucedía, lo suficientemente conscientes como para haberlo olvidado. La oferta televisiva pendulaba entre canales de aire recientemente privatizados que centralizaban su programación en los magazines y las noticias, una televisión pública reducida a su mínima expresión y un incipiente cable que ofrecía aquello que se entendía como programación infantil: enlatados de dibujos animados y publicidades de juguetes. Así íbamos, esquivando censuras familiares y horarios “de protección al menor”, haciendo zapping entre lo intrascendente y lo peligroso.

Había honrosas excepciones, hay que decirlo. Entre ellas, una bastante trillada pero efectiva: *El mundo de Beakman*, el programa de un científico loco que, junto a una ayudante y a un señor disfrazado de ratón, hacía que la ciencia pareciera magia. O mágica, en última instancia. Por supuesto, era un programa hecho en otra parte del mundo, pensado para educar en otra parte del mundo. Como todas las excepciones, *Beakman* era un oasis en la principal propuesta educativa que tenían los canales infantiles: aprender a consumir.

La otra gran propuesta educativa de la TV en su conjunto era aprender a categorizar, ordenar y asimilar el ordenamiento de las ideas y los territorios. Como lo resumió Quino en una viñeta: que los intereses de la opinión pública se mantengan alineados con los intereses de la opinión privada. Y aprendimos ambas cosas.

Desde esta perspectiva, se podría decir que toda propuesta televisiva es educativa. Desde hace décadas, millones de personas hemos aprendido a desear, a odiar, a reivindicar, a defenestrar, a aprobar o negar la realidad. Aprendimos a tercerizar el vínculo con la realidad y dejar que esté mediado por una multiplicidad de presentadores de títulos y novedades, autoerigidos baluartes de la cultura moderna. Aprendimos a esperar, en lugar de buscar, que la materialidad del mundo se nos manifieste. ¿Es el adiestramiento una propuesta educativa? Hay algo de autómatas en nosotros así que, sin poder responder taxativamente esa pregunta, habrá que decir que tampoco estamos en condiciones de descartarla de plano.

Pues sí, en el inicio todos fuimos autómatas. Ningún pibe nace Borges, ningún pibe nace progre. Las propuestas y los intereses son, en gran parte, convidados. Por la programación misma, por el recorte que hace la familia y los permisos que se da uno mismo a escondidas de los demás. Acceder a aquello que está, formalmente o, de hecho, prohibido, vedado o velado es lo que nos despega, no sin dificultades, de la tendencia automática.



Gentileza The Walking Conurban.

Los desayunos, los almuerzos, las meriendas y las cenas estaban atravesadas por la relación con lo que la televisión ofrecía. Así, la mitad del día transcurría entre canales infantiles y la segunda mitad entre consumos de noticias y opinión. Era en esa parte del día cuando se tomaba contacto, o al menos eso uno cree, con los conflictos de los adultos. Con sus categorías, sus presupuestos, narrativas y escalafones. Y así se comienza a aprender a mirar. ¿A mirar qué? A mirar, por lo menos, desde donde estamos mirando.

La génesis del *Universo Conurbano*, ese momento inicial, se encuentra en el día mismo en que nos dimos cuenta de qué estábamos viendo. El gris del encofrado de hormigón, el ocre del óxido de una industria pretérita, el verde de los baldíos y las plazas, el cielo abierto mezclándose con todo lo demás. La enumeración puede seguir al infinito, pero son esos los elementos constitutivos del entorno que todo lo abarca. Faltaba ponerlo en contexto, nada más. Y sucedió, una tarde noche de diciembre de 2001.

## 2) Big Bang

El conurbano y el estallido parecieran estar íntimamente relacionados. Es el anhelo silenciado de algunos y el deseo a viva voz de otros. En el medio, quienes lo habitábamos y habitamos éramos protagonistas mudos de algo que venía siendo relatado con palabras y ojos ajenos. Cercanos, pero ajenos. El centro define a la periferia según su conveniencia, es decir, como un lugar. De este modo, el centro siempre seguirá siendo el centro y la periferia siempre estará en el lugar que el centro le otorgue, como



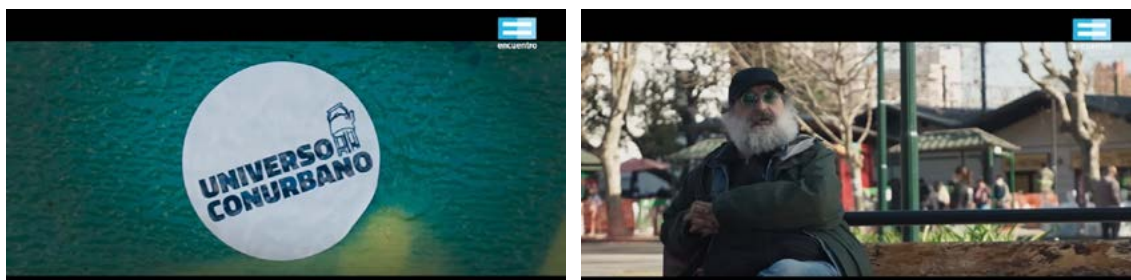
Gentileza The Walking Conurban.

un todo estático. Desde la periferia las cosas se entienden un poco distinto. Es que la periferia no es un lugar, es una situación y, por lo tanto, se puede modificar.

La versión televisada del conurbano paupérrimo, ominoso y miserable que afloró a partir de la crisis de diciembre de 2001 es el corolario de una experiencia que había comenzado 25 años antes.

Retóricamente, la construcción discursiva del conurbano como un lugar hostil o exótico se puede rastrear hasta mediados de la década de 1970, cuando un cronista del diario *La Nación* se subía a un tren y realizaba un trabajo de “etnografía” de corta distancia describiendo los usos y costumbres de todo aquello que había más allá de la General Paz. Años después, con la caída del régimen militar, el enemigo público número uno del status quo corporativo dejó de ser el joven de clase media politizado o el obrero sindicalizado y se convirtió en el adolescente pobre (casi siempre varón) que no estudia ni trabaja. La narrativa, entonces, pasó del suplemento de curiosidades al de policiales. Cada vez con más fuerza se presentó al territorio del conurbano como el *far west*.

Obviamente, ese corpus narrativo tenía un correlato material: el desmantelamiento de la estructura productiva, también comenzada a mediados de la década de 1970, con el paso de un modelo económico industrial a uno de capitalización rentístico financiero. La caída del centro económico sobre el que el conurbano reposó y se expandió implicó destrucción del empleo, aumento de la pobreza y, sumado a ello, el comienzo de las restricciones para acceder a loteos de terrenos para la construcción de vivienda popular. Así como uno terceriza el vínculo con la realidad, el Estado tercerizó sus funciones en favor de la especulación inmobiliaria. Ese paisaje *a priori* dual, que intercala enclaves de opulencia



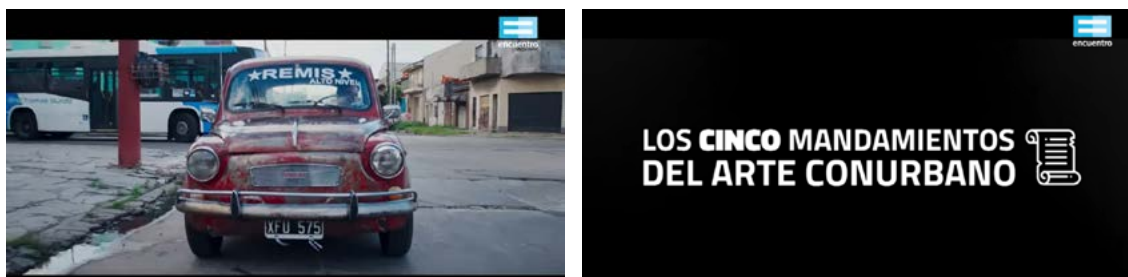
Universo Conurbano, en la pantalla de canal Encuentro.

con zonas de marginalidad urbana, tiene su origen en el cambio del código de usos de suelo de la provincia de Buenos Aires de 1977.

Desde ese momento, conurbano, pobreza y crisis serán amalgamados hasta el punto de no poder distinguir una cosa de la otra. El advenimiento de la década de 1990, la convertibilidad y el renacer de ese modelo económico motivado en la especulación y apalancado por la descapitalización del Estado, no hizo más que profundizar las situaciones de carencia y estimular el recorte que cierra conceptualmente al territorio en su caracterización de receptáculo unívoco de esa escasez. La mediatización del conurbano, entonces, correrá por dos formatos cercanos en contenido pero distintos en forma. Por un lado, el *reality* policial que cuenta las peripecias de la Policía Bonaerense en su afán por mantener a raya a delincuentes, vagos y mal entretenidos de la noche metropolitana. Por el otro, la mirada condescendiente sobre el marginado, que trata de humanizarlo, pero hasta ahí nomás, para poder ofrecer soluciones biográficas a problemáticas sistémicas. Humanizar demasiado al resultante de un proyecto económico inequitativo implicaría pensar en quiénes han sido los beneficiados de ese proyecto y no es una empresa que resulte de mucha conveniencia a ciertos intereses corporativos.

Con el territorio y sus experiencias posibles delimitadas de antemano, podemos prefigurarnos desde dónde y hacia dónde vemos. El problema principal es que, hasta el momento, no había lugares que quisieran reflejar eso que veíamos, eso que vivíamos, eso para lo que teníamos palabras, pero no teníamos lugar donde plasmarlas. Es que la fragmentación es una cuestión fundante del ser-en-el-conurbano. Curiosamente, era muy difícil que alguien dijese “yo vivo en el conurbano” como un locus identitario. Uno, primero, vive en una zona. Norte, oeste, sur. Luego, vive en un partido, luego en una localidad, luego en un barrio, luego en una calle y finalmente en una casa. Ese camino escalonado hacia la individualización absoluta conspira contra la construcción de un sentido identitario menos epidérmico y conflictivo.

Por supuesto, alguien que puede tardar más de tres horas en recorrer 50 o 60 kilómetros difícilmente construya un rasgo identitario o de comunidad con un otro que habite a esa distancia. Algo, sin embargo, cambió en el último tiempo. Difícil es precisar cuánto implica “el último tiempo”, pero es cierto que ese conurbano silenciado, con su identidad impensada, comienza a manifestarse con una presencia y contundencia cada vez mayor. ¿Qué se modificó para que esa voz se amplifique?



Universo Conurbano, en la pantalla de canal Encuentro.

### 3) Territorialización en tiempos de desterritorialización

La persistencia de los saberes tradicionales, que son contenidos en la experiencia del territorio a pequeña escala, hace que el arraigo sea aún más sentido en una cultura atravesada por la posibilidad cierta del casapropismo. Tanto en los barrios de expansión progresiva que se comenzaron a formar en la década del 40 del siglo XX, los barrios obreros construidos en las inmediaciones de los establecimientos industriales, como los asentamientos y barrios populares surgidos de tomas de tierras colectivas, son manifestaciones de que la ciudad es el tiempo condensado en el territorio y en la memoria de sus habitantes.

El transcurrir de ese tiempo se acumula, pero no se desborda si las condiciones materiales no están dadas y, a lo largo de las primeras décadas del siglo XXI, una serie de eventos precipitaron que el conurbano como territorio se saliera del cauce en el que estaba encorsetado. Por un lado, la multiplicación de universidades públicas y gratuitas promovió la creación de conocimiento crítico sobre el territorio y para el territorio. La posibilidad, para miles de personas, de acceder a estudios universitarios sin tener que desplazarse hacia los destinos tradicionales (La Plata y Buenos Aires) genera una relación distinta con aquello que es inmediato, pues se jerarquiza y se renueva en sus usos y en sus posibilidades simbólicas. En ese conurbano esmerilado, ahora se produce conocimiento científico de primer nivel.

También la acumulación de experiencias de reivindicación territorial por parte de los movimientos populares, comedores, merenderos, cooperativas explica la revalorización del barrio, en primera instancia, pero también de una construcción de lo barrial organizado y con lazos comunicantes con otros emprendimientos similares. No son ya empresas individuales sino proyectos colectivos los que replican una forma de habitar desde el margen.

En otro nivel, la proliferación de las redes sociales también significó la posibilidad de acceder, en tiempo más o menos real, al entorno, la rutina y vida de individuos que serían perfectos desconocidos y perfectas desconocidas de no ser por este medio de comunicación. En *The Walking Conurban*, la presentación de la imagen sin la geolocalización exacta es una decisión que ayudó a mostrar al conurbano como un territorio atravesado por las mismas problemáticas y desigualdades. No importa de dónde es la imagen: es del conurbano.



Universo Conurbano, en la pantalla de canal Encuentro.

Así es que el territorio, entonces, parece adquirir entidad propia, como territorio en sí mismo y no como los alrededores de otro lugar. Faltaba canalizar esa experiencia en algo de mayores dimensiones. ¿Puede ser el conurbano una experiencia didáctica?

#### 4) Cercanía y encuentro

Catorce años pasaron desde esas mañanas de principios de la década de 1990 hasta el día que comenzó a transmitirse la señal de Canal Encuentro. El país había cambiado, nosotros habíamos cambiado, la televisión había cambiado. Bueno, la televisión no tanto. Pero la decisión de construir una señal educativa, de calidad, pública y federal fue un acto de osadía lo suficientemente importante como para inferir que ese cambio existía. Como del rayo, esa ciencia que antes era parte del mundo de lo mágico ahora parecía real. Y no solo eso: parecía accesible y cercana.

Aquello que nos acerca es, en definitiva, aquello por lo que nos encontramos. Y no es simplemente un juego de palabras. Rosario siempre estuvo cerca, pero el conurbano estaba al lado y había tenido muy poca difusión como una región particularizada en los medios públicos que, si bien están radicados en la Ciudad de Buenos Aires, tienen una perspectiva mucho más amplia del territorio nacional.

Para el momento en el que Canal Encuentro nos propuso, a Pedro Saborido y a The Walking Conurbano, hacer una serie sobre el conurbano, sobre su estética y ritmo, el material de archivo que había de las calles y sus vericuetos era prácticamente nulo. Se había emitido unos años antes un gran programa que entrevistaba a personalidades de la cultura con origen en el conurbano, como Mariana Enríquez o Eduardo Schmidt, y algunos programas sobre un lugar en particular, pero una mirada conurbana global, no había. Insistimos: ¿puede ser el conurbano una experiencia didáctica?

Para resolver la incógnita tenemos que apelar a la memoria –la del territorio, la emotiva propia, la del marco teórico existente– para construir una narrativa que dispute ese sentido policial que nos envuelve diariamente. Entre tanto paisaje abrumador, tanques de agua desmesurados, medios de transporte, paredes y cielos, quizá haya pasado desapercibido que lo que se ve es un conurbano diurno, rutinario, que contiene más vitalidad que pulsión por el Thanatos. Para ver lo que nos pasa por debajo de las narices no hacen falta telescopios ni microscopios, hay que dar unos pasos hacia atrás y volver a mirar.





Universo Conurbano, en la pantalla de canal Encuentro.

Vivimos en una cultura que ha hecho de lo visible el centro geopolítico de su funcionamiento y en un tiempo en que existir equivale a poder ser visto. En una de sus primeras películas, Harum Farocki –referente del *nuevo cine alemán*– se hace una pregunta central para nuestro marco cultural: ¿cómo vemos? Una segunda parte, nunca realizada, bien podría haberse llamado “¿Cómo somos vistos?” pues, como explica John Berger, hay imágenes y hay “modos de ver”; y nosotros somos una imagen y también somos la imagen que hacen de nosotros. En el extremo sartreano podríamos proponer: somos lo que hacemos con la imagen que han hecho de nosotros.

*Universo Conurbano* es, en parte, ese extremo sartreano. Sus imágenes no son una caricatura o una exageración. Muestra lo que hay, a lo largo y a lo ancho del territorio, y que funge como elemento destacado, como suceso histórico, como iconografía ad hoc. La tarea, para evitar la estigmatización o la romantización, es desdramatizar la realidad. El mundo no es color de rosa, pero tampoco es un sepia eterno. El principal aporte educativo que hay por detrás de la serie es mostrar la posibilidad de hacer algo con esa imagen impuesta. Tomar distancia y volver a mirar.

## 5) Borrón y cuenta nueva

Dicen los especialistas en urbanismo que al territorio hay que mirarlo como a un palimpsesto, es decir, como un texto que fue escrito, raspado o borrado y vuelto a escribir, pero en el que todavía se nota el trazo de la escritura borrada. Entonces podemos ver la acumulación de etapas históricas y proyecciones que lo conformaron, transformaron y en qué instancia de trasmutación se encuentra en este momento.

El conurbano es el palimpsesto de nuestro país. El espacio que albergó a migrantes de todas las provincias y nacionalidades. Es el territorio en el que se asentaron, desarrollaron y envejecieron los modelos productivos argentinos. Sobre la vera del Riachuelo aún podemos ver los restos del pasado agroexportador alternándose con paisajes industriales y posindustriales. En cualquier zona del conurbano podemos ver edificios de hormigón, techos de teja mecánica, casillas precarias, zonas comerciales y residenciales que parecen brotar de los accidentes del terreno.

La suma de experiencias individuales provenientes de lugares tan disímiles confluye en la construcción de una identidad tan particular como esquiva e impensada. A diferencia de identidades que históri-

camente han sido oprimidas u ocultadas, la identidad del Conurbano se oculta detrás de la bruma de lo que se ha dado por sentado. Lo presupuesto, en estos casos, es tan peligroso como la anulación.

Los espacios deliberadamente inclusivos, como es la propuesta de Canal Encuentro, ayudan a corregir esa deuda histórica. La visibilización en la programación de identidades y pertenencias históricamente postergadas, no solo oxigena una pantalla acostumbrada a redundar en lo caucásico y urbano, sino que contribuye a impulsar procesos de construcción de identidad. Funciona con minorías y disidencias, funciona con pueblos originarios y funciona con el conurbano. Identidades y la forma en la que han sido narradas y visualizadas también deben ser miradas como un palimpsesto.

A partir de la experiencia y la emisión de *Universo Conurbano* podemos superponer sobre la imagen binaria de villas y *countries*. Lo que existen son principalmente barrios progresivos que se van consolidando a lo largo de décadas y emprendimientos comerciales que coinciden con un proceso económico que hizo de la desigualdad su bandera. Podemos escribir sobre identidades que se amalgaman conforme pasan el tiempo y los flujos migratorios, que se apropian del espacio público y lo utilizan tanto para celebrar como para manifestar su inconformidad, en lugar de pensar en espacios públicos deshabitados y peligrosos.

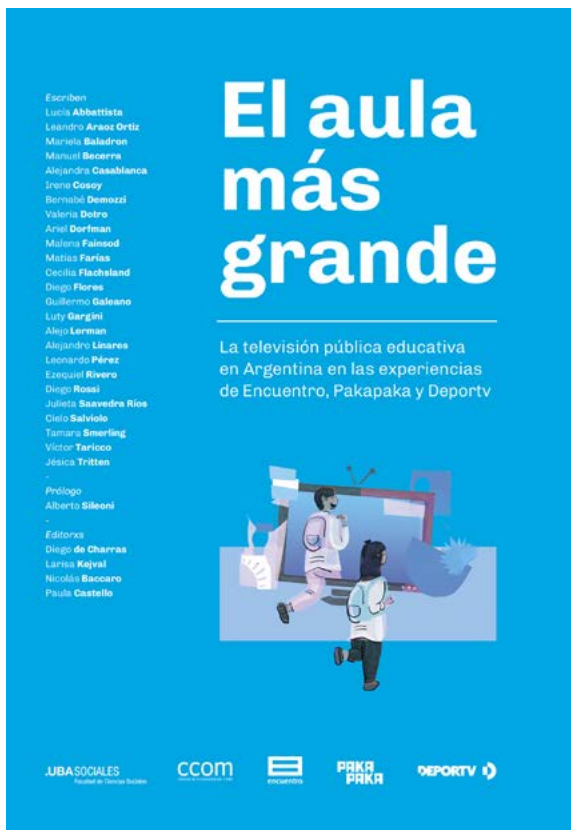
Ese conurbano sin iconografía de pronto estaba habitado por monumentos inverosímiles, imposibles, que no se entiende cómo llegaron ahí, pero que está claro por qué nunca se fueron. Y sobre los rastros del oprobio policial aparecen, nombre tras nombre, personalidades que han hecho un aporte inestimable a la cultura nacional.

Por supuesto, lo antiguo, lo que ha quedado apenas visible, sigue guiando nuestros pasos y nuestras alertas. En los restos orilleros del pasado agroexportador, entre silos y barracones, conviven las luces de led con el adoquinado y nos recuerdan que el farolito de la calle en que nacimos ha dejado de ser centinela de promesas de amor y, con suerte, se ha convertido en auxiliar de las centrales de monitoreo urbano.

El hormigón armado que oficiaba de columna vertebral de la industrialización se tambalea más seguido de lo que quisiéramos, intentando evitar su destino final de gran superficie comercial, para no seguir el camino de los viejos teatros y cines de barrio que derivaron en iglesias y estacionamientos, y la frontera urbana aún mira con más cariño a la pampa que al río, quizá porque en su destino está la expansión y no el hundimiento. Sin embargo, esa gran deuda histórica que el área metropolitana tiene con el Río de la Plata pasa de generación en generación como si su pago nunca fuese a ser demandado.

El gran salto cualitativo que significa, para un territorio y su población, poder narrarse a sí misma es un triunfo en términos simbólicos y materiales. Tener voz propia implica poder discutir categorías y adjetivaciones. Poder nombrar desde los márgenes que otorga la propia experiencia territorial.

Ahora, la responsabilidad de leer correctamente el palimpsesto queda del otro lado.



*El aula más grande. La televisión pública educativa en Argentina en las experiencias de Encuentro, Pakapaka y DeporTV*

Diego de Charras, Larisa Kejval, Nicolás Baccaro y Paula Castello (editorxs)

Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y Contenidos Públicos Sociedad del Estado

ISBN 978-987-46540-1-4

184 páginas, 2023

“Estos canales demuestran que es posible hacer ‘otra televisión’, entretenida, profunda, respetuosa de nuestros niños, niñas y jóvenes, innovadora y constructora de una sociedad más igualitaria”, escribe Alberto Sileoni en el prólogo de *El aula más grande. La televisión pública educativa en Argentina en las experiencias de Encuentro, Pakapaka y Deportv*, publicado por la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y Contenidos Públicos Sociedad del Estado. Están presentes, en las cuatro partes que lo organizan, las “nociones y principios para una conceptualización sobre televisión pública educativa”, los “contenidos y perspectivas en las pantallas de Encuentro, Pakapaka y Deportv”, las “formas de pensar e interpelar a audiencias críticas y ciudadanas” y aportes para pensar “el modelo de gestión como decisión política”.

El libro conjuga, centralmente, dos puntos de vista, producto de la articulación que le da origen: la de quienes escriben desde la propia práctica de gestión y producción en los canales de televisión pública educativa, y la de quienes las observan y analizan desde la universidad pública. “El resultado no es un decálogo ni una serie de principios sobre lo que la televisión pública educativa debe ser, sino la posibilidad de hurgar en los modos de hacerla, sus fundamentos y consecuencias”, dicen en la introducción los editorxs del libro, Diego de Charras, Larisa Kejval, Nicolás Baccaro y Paula Castello.

Es un libro reivindicativo de una televisión pública educativa “donde educativo no es ilustrado ni solemne. Porque se aprende pero, sobre todo, se piensa”, con “propuestas televisivas que demandan la presencia de cuerpo presente, con otros y otras, porque la dimensión educativa de los canales no implica impartir saberes sino más bien un modo de habitar tensiones”.

Canales que son producto de la relación indispensable entre el derecho a la comunicación y el derecho a la educación, entre el sistema educativo y las pantallas. Una televisión que invita a desentrañar el mundo y a transformarlo.

*El aula más grande. La televisión pública educativa en Argentina en las experiencias de Encuentro, Pakapaka y Deportv* es un libro de distribución gratuita y se puede descargar acá: <https://www.sociales.uba.ar/wp-content/blogs.dir/219/files/2023/09/elaulamasgrande.pdf>